



JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y “EL AMIGO”

Jaime Blume Sánchez

RESUMEN:

En el presente trabajo se enfoca la obra del poeta hispano como un proceso de búsqueda de la trascendencia infinita. En ese sentido, bien podemos calificar su producción poética como una mística natural.

ABSTRACT:

This paper analyses the work of the Spanish poet as a process of search for infinite transcendence. We can thus describe his poetic production as natural mysticism.

1. PRESENTACIÓN

El presente estudio pretende señalar las grandes estaciones del itinerario poético de Juan Ramón Jiménez, con especial énfasis en el tema del “Amigo divino” y las difíciles relaciones que el poeta mantiene con Él. La primera parte del trabajo estará orientada, entonces, a la descripción de los principales paraderos del recorrido, para pasar, luego, a tratar el “divinum commercium” que establece Juan Ramón Jiménez con Dios, esquivo y a la vez “deseante y deseado”.

Juan Ramón Jiménez trata de muchos temas. Algunos son tónica constante; otros, alusiones coyunturales. Como todo poeta, habla del amor y del dolor, de la soledad y del hombre. En su poesía hay paisaje y sentimiento, pasión y voluntaria evasión. Pero lo específico de Juan Ramón Jiménez no lo podemos encontrar en todo esto sino en la disposición anímica con la que encara estos temas. Empleando términos escolásticos, más importa en él la “qualia” que el “quantum”, lo que equivale a decir que es el modo como reacciona frente a las cosas lo que nos dará la clave del pensamiento poético profundo del Andaluz. Este peculiar modo de reacción se esconde en la forma personal con la que el poeta enhebra los temas y en la ordenada sucesión como los presenta. El lógico y el peregrino que hay en Juan Ramón Jiménez aparecen en la dialéctica y en el itinerario que estos mismos temas revelan.

2. LOS PRINCIPALES EJES TEMÁTICOS

Creemos que los principales ejes temáticos que configuran el discurso poético de Juan Ramón Jiménez son los que a continuación se mencionan.

La soledad. El que lee con cierta detención al poeta moguereno, no podrá sino reparar en el dejo de tristeza que empaña su poesía, tristeza que el color del cielo andaluz o la exuberancia sensual de algunos de sus poemas no logran disipar del todo. Los matices excesivamente vaporosos, el contorno del árbol difuminado en la totalidad del paisaje, la esquila que suena

no se sabe dónde o la realidad que se resiste a abandonar la vaga luz del amanecer no son ajenos a esta impresión de soledad y desamparo.

El silencio. La soledad de Juan Ramón Jiménez no es la desazón que invade el corazón del hombre ante la majestad de la creación o el sentimiento de pequeñez e impotencia que determinadas situaciones le imponen. En el poeta, la soledad se llama silencio:

*Mas todo ya es de piedra, cual voy siéndolo
yo y nada –nadie– puede contestarme.*

Hay un diálogo trunco que provoca en el poeta la experiencia del abandono. Su palabra no encuentra eco en las cosas ni en los hombres, siendo esta experiencia una de las formas de la soledad, aunque no la única. Las cosas se sustraen al afán absorbente del poeta por la vía del silencio y de la huida. No se trata ya sólo de una respuesta esperada que no llega, sino de la imposibilidad de diálogo por ausencia de interlocutor. En efecto, Juan Ramón Jiménez ha querido aprisionar las cosas, imponerles el límite de su amor abrasivo. Ha querido identificarse con todos los seres y reducirlos todos a su personal interioridad. Esta voluntad de posesión se ve contrariada por la huida de las cosas, las que al desvanecerse se diluyen en la irrealidad de lo lejano e inasible, dejando al poeta solo, con soledad de pobreza:

*Era el olor de luna nueva?
La luna estaba... y yo sin verla!*

El olvido. El silencio y el despojo provocan una nueva forma de soledad: el olvido. La distancia de las cosas, el desamparo de lo creado, el tener que enfrentar en forma inerme el embate de la vida son acontecimiento que van relegando a Juan Ramón Jiménez a posiciones de segunda línea. La desaparición del poeta del centro del universo no provoca la crisis que podría haberse esperado. El mundo sigue girando alrededor de un vacío, inconsciente del absurdo de tener que gravitar en torno a una ausencia:

*Espectral, amarillo, doloroso y fragante,
por la niebla de la avenida voy perdido,
mustio de la armonía, roto de lo distante,
muerto entre los rosales pálidos del olvido...*

Cuerpo/alma, paisaje exterior/paisaje interior. El poeta está solo consigo mismo. En esta soledad, una crisis de adolescencia se anuncia en los conflictos del cuerpo y del alma. En este punto de la evolución del pensamiento poético de Juan Ramón Jiménez se presenta un curioso fenómeno de paralelismo, que se puede sintetizar en la siguiente ecuación: el cuerpo es al alma lo que el paisaje exterior es al paisaje interior. Veamos cómo se presenta esta fenómeno.

Cuando Juan Ramón Jiménez se da cuenta de que el mundo exterior es incapaz de satisfacer sus ansias de plenitud, comienza a fabricarse un paisaje interior, réplica ideal de aquel otro exterior que lo frustrara. En ese nuevo mundo de ensoñación e idealidad, tierra donde el poeta traza los límites de su patria provisoriamente definitiva, las cosas se presentan cargadas de significación y de una capacidad dilatadora que lo exterior no posee.

Este tránsito del paisaje exterior al interior es un fenómeno paralelo al conflicto del alma y del cuerpo. En las primeras poesías de Juan Ramón Jiménez campea una sensualidad casi morbosa, que la exclusiva influencia de Rubén Darío no justifica. Hay ciertamente honda huella del nicaragüense en la poesía del andaluz, pero la profundidad del rastro no sería tan marcada si no hubiera en este último una especie de complicidad subterránea con la desenfadada actitud amorosa del primero. Paisaje exterior e interior, cuerpo y alma se asocian, entonces, en un mismo destino de franca y necesaria convivencia:

*Amigo, es mi jardín con flores lo que lloro,
este Mayo sin nada de la ilusión perdida...
—¡Tanto perfume en balde! ¡Tanta cosa de oro
echada al alma negra y a la carne podrida!—*

La inseguridad. La soledad y los grandes trazos que la dibujan –paisaje exterior e interior, cuerpo y alma– son elementos que nos llevan a otro de los grandes temas juanramonianos, la inseguridad, encarnada en tres instancias íntimamente relacionadas con la infancia, la mujer y el ensueño.

La infancia es la época anterior al despojo, época de la presencia serena de las cosas, de la paz del cuerpo y de la elevación del alma. Pero también la infancia es el pasado definitivamente desvanecido e irrecuperable:

*Soñando
le sonrío hasta el fin de mi sonrisa,
y hasta el fin, mira el niño mi sonrisa,
serio.*

La inseguridad que resulta de la imposible vuelta al pasado encuentra una nueva expresión en el concepto que Juan Ramón Jiménez tiene de la mujer. En la medida en que la pasión se vaya liberando de una sensualidad obsesionante, la mujer dejará de ser sexo para convertirse en un tú, un nombre, simplemente mujer o lo blanco. Pero esta misma progresión purificadora nos habla de lo cambiante del juicio que el poeta tiene sobre la mujer. Lo que hoy es de un modo que no es el de ayer ni será el de mañana origina en Juan Ramón un sentimiento encontrado de apetencia y repulsa, precursores de la fuga a través del ensueño:

*No más perderse el alma
—vana semilla
insepulta y estéril—
por los secretos surcos infinitos
de la pasada tierra
del Amor...*

Ya que la infancia perdida y la mujer presente no logran establecer al poeta en el reino de lo permanente e inmutable, quizás en una tierra creada a golpes de anhelos soñados habite esa paz definitiva que ansía. El procedimiento es antiguo dentro de la literatura española. Juan Ramón Jiménez no hace sino reeditar, en versión propia, lo que la Generación del 98 y antes, el romanticismo, habían ya realizado:

*¡Amanecer maldito que me arrancas la estrella
de la mano! ¡Ah! un sueño jamás interrumpido,
que engañe al corazón, ya que la verdad bella
nunca lo ha de envolver con su manto encendido.*

La búsqueda. Este mundo extraterreno y atemporal es de feble consistencia. Lo único que permanece hasta el presente es un ansia insatisfecha y un anhelo inquieto de realidad huidiza: un poeta de pie ante el mundo que le es hostil, una infancia distante, una mujer que se desvanece y un ensueño convertido en camino de peregrinaje, romería o fuga. La soledad y la inseguridad imponen una determinación: la búsqueda de lo real, cuya presencia se presiente en el mismo fracaso de la ausencia:

*Pero existe una paz, yo no sé dónde,
que me espera soñando y suspirando
y he de acercarme un poco cada día
a la serenidad de su remanso.*

La palabra. Pocos poetas hay cuya condición de peregrinos sea más constante que la de Juan Ramón Jiménez, en quien el recorrer caminos no trazados implica edificarse un ser no recibido. Para nuestro poeta, lo que el mundo le niega debe él crearlo, objetivo que logra, en primerísimo término, a través de la palabra. El poeta sabe que la palabra es creadora y que si las cosas son, lo son justamente en virtud de la palabra que les da el ser. Todas las cosas guardan dentro de sí esa voz germinal que las mantiene en la existencia. Todas, menos Juan Ramón Jiménez, cuya palabra se debate en el ahogo y la asfixia. Mientras su palabra no se formule no conocerá descanso. De ahí esa gestación dolorosa de aquellas dos o tres palabras esenciales que lo integrarán al mundo de los hombres plenos:

*¡Voz mía, canta, canta,
que mientras haya algo
que no hayas dicho tú,
tú nada has dicho!*

El nombre. Esa palabra tan anhelada es el nombre de las cosas y su propio nombre. Para poder oír y comprender la voz que susurra en el hondón de cada ser es preciso conocer ese ser, y para conocerlo, hay que investigar su nombre. Cuando una creatura pronuncia su nombre, se descubre en su repliegue más íntimo. Ése es el nombre, aún no pronunciado, que Juan Ramón Jiménez procura desesperadamente formular.

La entrega que cada ser hace de su nombre habilita al poeta para ir formulando el suyo propio. Quien construye su propio nombre se constituye en creador de su propia esencia. Esta empresa, en la que a Juan Ramón Jiménez se le va la vida, obliga al poeta a dar nombre a la creaturas todas, las que, a su vez, deberán deletrear su nombre. Sólo cuando éste llegue a pronunciarse emergerá en toda su plenitud el "yo" real del poeta, consciente de su mundo: un nombre por encima de los nombres:

*¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas:
... que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente!
¡Inteligencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!*

Llegados a este punto, el tiempo ya no cuenta, pues el "yo" es eterno. En una especie de panteísmo cósmico antropomorfizado, las cosas, el color y el sonido se hacen Juan Ramón Jiménez, quien, dueño ya absoluto de su poder, inicia los últimos tramos de su peregrinaje. El poeta busca la belleza. La belleza huye en el tiempo y en las cosas. Éstas se desvanecen en una primavera perenne y todo se refunde en la eternidad. Hasta aquí el peregrinaje terrestre, pues por dentro y más alto, hay otro camino que recorrer y otra búsqueda que realizar:

*¡Ésta es mi vida, la de arriba,
la de la pura brisa,
la del pajarito último,
la de las cimas de oro de lo obscuro!*

3. EL AMIGO

Así como el primer tramo del peregrinaje expuesto más arriba tenía por objeto la edificación de un “yo” eterno y la consecución de la belleza absoluta, el segundo tramo, que ahora iniciamos, persigue la conquista de un “tú”, de una voz y de un nombre –que no son ya la voz y el nombre de las cosas ni los del poeta–, sino de un amigo. La necesidad de este camino de regreso se explica por la crisis total que se produce al interior del mundo edificado por Juan Ramón Jiménez. Las cosas lo separan del “yo”, la posesión del “yo” lo separa de las cosas, el “yo buscado y las cosas un día poseídas lo alejan del solo amigo:

*No me alcanzarás, amigo.
Llegarás ansioso, loco,
pero yo me habré ya ido.*

La temática fundamental que hasta ahora hemos descrito a grandes rasgos, cobra, en esta etapa interior, una nueva dimensión. La búsqueda anhelante del “yo”, sobrenadando al tiempo que aniquila, se convierte en sosegada y dolorida espera del amigo. De ello hablaremos en los párrafos que siguen.

En primer lugar, dentro del corpus de textos líricos de Juan Ramón Jiménez tenemos un grupo de poesías que podríamos llamar “de amigo”. En esta serie, lo que el poeta busca no es la conquista de las cosas o del “yo” íntimo, sino prepararse para la recepción de un don otorgado por un “tú” desconocido pero cuya proximidad se percibe vagamente:

*Alma, ¿hasta dónde
llegarás, muerto yo?
¿Dónde te perderás en lo que venga a ti
–de dónde?–*

Eso que viene a Juan Ramón Jiménez sin saber de dónde no es otra cosa que la misteriosa figura del “Amigo”, aún sin ese nombre, que se aproxima y se aleja en un juego de encuentros y desencuentros de profundo dramatismo:

*Será lo mismo
–tú vivo, yo en la muerte–
que en una cita en un jardín,
cuando se tiene que ir el que esperaba
–¡con qué tristeza! - a su destino,
y el que tenía que llegar, llega
de su destino, tarde -¡y con qué afán!–
Tú irás llegando, y verás solo
el banco; y, sin embargo, llegarás a él,
y mirarás un poco a todas partes,
con ojos tristes, deslumbrados
del sol interno de tu ocaso grana;
y luego, lentamente, lo mismo que conmigo,
te irás, tan lejos
de ti, como esté yo.*

Hay un curioso juego de mutua e infructuosa búsqueda, en la que los pasos que se dan por seguir al amigo, lejos de acercarlo lo alejan aún más de él. Son dos caminos que se atraen y se buscan, pero que por el momento no llegan a encontrarse.

Para entender estas poesías que hemos llamado “de amigo”, creemos que un camino posible es el de la comparación con San Juan de la Cruz, místico español del siglo de oro de la literatura peninsular. La razón es que entre ambos autores hay tales coincidencias en la

forma y en el fondo que resulta plausible pensar en un fenómeno de intertextualidad. Dice San Juan de la Cruz:

*Y todos cuantos vagan,
de Ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjanme muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo.*

*¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras Ti clamando y ya eras ido.*

Semejante confesión encuentra en Juan Ramón un eco consonante, fiel reflejo de lo que está viviendo en esta etapa de su evolución poética:

*No me alcanzarás, amigo.
Llegarás ansioso, loco;
pero yo me habré ya ido.*

*—¡Y qué espantoso vacío
todo lo que yo haya puesto
detrás por venir conmigo!*

*¡Y qué lamentable abismo
todo lo que yo haya puesto
en medio, sin culpa, amigo!*

*No podrás quedarte, amigo...
Yo quizás volveré al mundo;
pero tú ya te habrás ido.*

Después de leer estos textos, salta a la vista el espíritu común que hermana a ambos poetas. Lo que en uno es el "Amado", en el otro es el "amigo", fase previa para que este último se vaya acercando a su verdadero nombre.

4. EL DIOS-DIOS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Retomando lo dicho en el párrafo anterior acerca de los puntos de contacto entre la poesía de San Juan de la Cruz y la de Juan Ramón Jiménez, podemos constatar que mientras la fe del santo es ya posesión de un Dios presente, que a veces se retira, en el caso del poeta se trata del devenir de un Dios, presente a veces:

Dios del venir, te siento entre mis manos...

Este Dios, que durante mucho tiempo es un dios con minúscula, va llegando hasta el poeta siguiendo el mismo recorrido cumplido por las demás criaturas empeñadas en la conquista de su ser. A medida que "dios" se va haciendo nombre el poeta logra desprenderse de las cosas que lo contenían y de las voces que lo murmuraban. En este largo proceso de búsqueda de la plenitud divina, el perfil de Dios se va insinuando poco a poco al interior de la conciencia de Juan Ramón Jiménez, al modo como un árbol se dibuja en una mañana brumosa:

*Si yo, por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él,
y tú has venido a él, a mí seguro,
porque mi mundo todo era mi esperanza.*

*Yo he acumulado mi esperanza
en lengua, en nombre hablado, en nombre escrito;
a todo yo le había puesto nombre
y tú has tomado el puesto
de toda esta nombradía.*

*Ahora puedo yo detener ya mi movimiento,
como la llama se detiene en ascua roja
con resplandor de aire inflamado azul,
ahora yo soy ya mi mar paralizado,
el mar que yo decía, mas no duro,
paralizado en olas de conciencia en luz
y vivas hacia arriba todas, hacia arriba.*

*Todos los nombres que yo puse
al universo que por ti me recreaba yo,
se me están convirtiendo en uno y en un
dios.*

*El dios que es siempre al fin,
el dios creado y recreado y recreado
por gracia y sin esfuerzo.
El Dios. El nombre conseguido de los nombres.*

Éste es el momento en el que la vida entera de Juan Ramón Jiménez cobra a sus ojos el sentido de totalidad que, aunque oculto, siempre tuvo. La lucidez que ahora lo inunda le permite resumir su vida en cuatro versos que, en su lírica concisión, lo dicen todo:

*Dios del venir, te siento entre mis manos,
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.*

Una vez más, el ímpetu ascensional del poeta de Moguer recuerda las elevaciones místicas de San Juan de la Cruz. En los trabajos poéticos del primero de los autores citados es posible detectar una verdadera labor espiritual. Aunque de suyo no existe una conexión necesaria entre la vida del espíritu y la creación poética, tampoco se puede sostener que estén reñidas o no puedan hermanarse en la expresión conjunta de un fenómeno de alma. Esto es más cierto aún si, como es el caso del andaluz, la creación artística no es sólo un accidente esporádico sino una actividad vital permanente. En nuestro poeta, ser, vivir y poetizar son la misma cosa. Para Juan Ramón Jiménez, la poesía lo es todo: es su trabajo, su ideal, su razón de ser y lo que justifica su presencia en el mundo: es su obra y a ella se entrega, pues la intuye como el único camino que lo acerca al ideal que se ha planteado. Por ello, la poesía se le presenta como una vocación y una profesión, o sea como una consagración definitiva a algo. Incorporado total y definitivamente al ámbito de lo poético, recorre allí etapas similares a las recorridas por San Juan de la Cruz en su ascensión mística hacia Dios. En efecto, el término último de ambos itinerarios es el mismo, aunque lo que en uno es camino claramente determinado por la fe y la caridad, en el otro es búsqueda e indagación desconcertada:

*... pero yo no podía cogerte con tu esencia,
la esencia se me iba
(como la mariposa de la forma)
porque la forma estaba en mí
y al correr tras lo otro la dejaba;
tanto, tan fiel que la llevaba,
que no me parecía lo que era.*

En el recodo final, en la cumbre última, Juan Ramón Jiménez enjuicia su vida. En ella hay tres elementos que la resumen: búsqueda, creación y edificación del "yo" en conciencia de lo propio. Digamos algo de estos tres elementos.

Búsqueda. No quisiéramos insistir en algo que hemos repetido excesivamente. Por eso, sin invocar mayores pruebas podemos concluir que si hay algo que define al poeta es su condición de peregrino de nuevas realidades:

*Si he salido tanto al mundo
ha sido sólo y siempre
para encontrarte, deseado dios,
entre tanta cabeza y tanto hecho
de tanto hombre.*

Creación. El segundo factor que estructura la esencia del poeta es su condición de creador. Juan Ramón Jiménez fabrica mundo con sueños y deseos. En este mundo permanentemente renovado del poeta habita el dios por quien y para quien todo fue hecho:

*... el uno al fin, dios ahora sólo en lo uno mío,
en el mundo que yo por ti y para ti he creado.*

.....

*Si yo por ti, he creado un mundo para ti,
dios, tú tenías seguro que venir a él.*

Conciencia de lo propio. De un extremo a otro de la producción poética de Juan Ramón Jiménez se palpa la angustia por crear una existencia personal y duradera. Reduciendo el proceso de autoedificación a esquema mínimo, es posible reconocer los siguientes momentos, encadenados entre sí por una férrea lógica de causalidad: necesidad de construir el propio "yo", formulación del propio nombre, sustitución de dicho nombre por el nombre de un dios:

*No sé qué día fue ni con qué luz
vino a mi jardín, tal vez, casa, mar, monte,
y vi que era mi nombre sin mi nombre,
sin mi nombre, mi nombre,
el nombre que tuve antes de ser
oculto en este ser que me cansaba
porque no era este ser que hoy he fijado
(que pude no fijar)
para todo el futuro iluminado
iluminante,
dios deseado y deseante.*

Al plantear esta especie de bitácora de viaje espiritual –yo, nombre, dios, Dios–, el poeta hace de su conciencia, aún en proceso de alumbramiento, un dios total, lo que, en definitiva, equivale a decir que dios y poeta se funden en unidad de existencia. Es lo que Juan Ramón sostiene en alguna de sus conferencias:

"Digo que creo en un dios sucesivo; que, para mí, cielo es sucesión y poesía, poetización: poetizar, que es llegar, venir a ser cada día en nueva visión de mí mismo y del mundo que yo veo, mi mundo..." ("La razón heroica", Suplemento literario de El Tiempo, s/a).

Este venir a ser "yo" cada día es Juan Ramón Jiménez de cuerpo entero. Al respecto, nos parece pertinente recoger lo que José Ángel Valente comenta sobre el tema: "*Su idealismo, su aristocratismo, su intimismo, su desnudez y todos los marbetes que la crítica ponga o haya podido poner sobre esta poesía, no pueden ser entendidos más que como un fruto de una ideología (basada fundamentalmente en la irrealidad del mundo y en la suprema, solitaria y suficiente realidad del yo) de la que el poeta no se despegó nunca*". Su característica actitud

hacia la creación artística, su constante retroceder y caminar de nuevo por lo ya hecho, es también un fruto coherentemente desprendido del mismo hecho central. Juan Ramón Jiménez –que, como es lógico, nos ha dejado varios autorretratos– retrató con insuperable agudeza su propio proceso espiritual en un fragmento de *Platero y Yo*. Se trata del “madrigal” dedicado a una mariposa, y el fragmento al que me refiero dice así:

*Platero, ¡mira qué bien vuela! ¡Qué regocijo debe ser para ella el volar así!
Será como para mí, poeta verdadero, el deleite del verso. Toda se interna en su vuelo, de ella misma a su alma, y se creyera que nada más le importa en el mundo, digo, en el jardín.*

Mientras Juan Ramón Jiménez volaba de él mismo a su alma, atento sólo al roce de sus alas contra las secretas paredes de su propio vuelo, la poesía comenzaba a atisbar otras realidades, sobre todo la posibilidad de la existencia del prójimo, y hasta llegaba a ser definida como “*búsqueda del tú esencial*”. Era un promontorio saliente y difícil: navegarlo fue, sin duda, la aventura más importante de la poesía del siglo XX. Juan Ramón Jiménez se quedó del otro lado; pero se quedó, sin duda, perfecto en su limitación, “*sumido y esbelto*”, como él ha querido: “*señor de su destino*” (José Ángel Valente, Rev. *Índice*, Madrid, enero de 1957, citado por Guillermo Díaz-Plaja, *Orbis Catholicus* 1, Nº 6, Barcelona, Herder, octubre 1958).

Abundando sobre el tema, Guillermo Díaz-Plaja cree encontrar, en la poesía última de Juan Ramón Jiménez, tres valores que lo redimen, en parte al menos, de su soberbia poética: la objetivación del ser divino, eludiendo así cualquier forma de panteísmo; la actitud cristiana y religiosa de la espera, es decir de la esperanza; la expresión fervorosa del ansia de una futura iluminación (Ibid., 292). Estimamos que de estos tres valores, el de la objetivación de la divinidad es el de mayor trascendencia, pues cierra en forma adecuada la trayectoria parabólica de su evolución poética.

Siendo, el señalado, un valor eminentemente positivo, no pareciera que a la fecha (1949) fuera algo conquistado plenamente. Hay un esfuerzo, una “*hermosa lucha*” similar al del “*fuego con su aire*” por pasar del “*dios sucesivo*” al Dios personal, pero la victoria todavía no se alcanza. Habrá que esperar aún cuatro años (1953) para que tal cosa suceda. Ello ocurrirá con ocasión de una experiencia humillante que lo hace comprender la torpeza de su soberbio endiosamiento:

Plegadas en alerta unida de un ejército cárdeno y cascáreo, a un lado y otro del camino llano que daba sus pardores al fiel mar, los cáncoras osaban craqueando erguidos (como en un agrio rezo de eslabones) al sol de la radiante soledad de un dios ausente.

Llegando yo, las ruidosas alas se abrieron erijidas; mil seres ladeándose en sus ancas agudas. Y, silencio, un fin, un dios que se acercaba.

Un cáncer solo quedó en el centro gris del arenal, más erguido que todos, más abierta la sérrea tenaza de la mayor boca de su armario; los ojos, periscopios tiesos, clavando su enemistad en mí.

Bajé lento hasta él y con el lápiz de mi poesía y de mi crítica le incité a que luchara.

No se iba el david, no se iba el david, del literato filisteo. Alcé el lápiz amarillo, y yo lo levanté con él, cojido, y lo jiré a los horizontes con impulso mayor; mayor; mayor, y él aguantaba. Su fuerza era tan poca para mí tan poco, ¡pobre héroe!

¿Fue malo? Lo aplasté con el calzado pie, por ver qué era. Y era cáscara vana, un nombre nada más, cangrejo, y ni un adarme, ni un adarme de entraña; un hueco igual que cualquier hueco. Un hueco era el héroe sobre el suelo y bajo el

cielo, un hueco, un hueco aplastado por mí, por mí, por mí; sólo un hueco, un vacío, un heroico secreto de un frío cáncer hueco, de un pobre david hueco.

Y un silencio mayor que aquel silencio llenó el mundo de pronto de un veneno de hueco; un principio, no un fin. Parecía que el hueco revelado por mí se hubiera hecho silencio, o el silencio, hueco; que se hubiera poblado aquel silencio numerable del innúmero silencio hueco.

Yo sufría que el cáncer era yo, y yo un gigante que no era sólo yo y que me había a mí picado. ¡Qué inmensamente hueco me sentía, que monstruoso de oquedad erguida en aquel solear empedemido del mediodía de las playas desertadas! ¿Desertadas? Alguien mayor que yo venía. Llegaba el sol con mi oquedad inmensa y el sol me derretía lo hueco, y mi infinita sombra me entraba al mar y en él me naufragaba. Revolución de un todo, un infinito, un caos de carne y cáscara, de arena y ola y nube y frío y sol, todo hecho total y único, todo abel y caín, david y goliat, cáncer y yo.

Y en el espacio de aquel hueco inmenso y mudo, Dios y yo éramos dos" (La Nación, 11/2/53, Buenos Aires).

Con esto concluimos. El poeta, como hombre, no podía ir más lejos ni decirnos más. Su peregrinaje, largo y tortuoso, ha terminado por fin en los brazos de su amigo Dios, tan anhelado: "*Tiene el alma un descanso de caminos que han llegado a su único final*"

BIBLIOGRAFÍA

- A.B.C.** (1956): Recensión de "Poesía española". *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*, Madrid, 16 de diciembre.
- Albornoz, Aurora de** (1980): *Juan Ramón Jiménez*. Madrid, Taurus.
- Azam, Gilbert** (1983): *La obra de Juan Ramón Jiménez: Continuidad y renovación de la poesía lírica española*. Madrid, Editorial Naciones.
- Díaz-Plaja, Guillermo**: *Culminación de la idea de Dios en Juan Ramón Jiménez*. *Orbis Catholicus* N° 6.
- Figueira, Gastón** (1948): *Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable*. Montevideo, Bibl. Alfar.
- Gómez de la Serna, Ramón** (1941): *Retratos contemporáneos*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Lira, Osvaldo ss.cc.**: "Juan Ramón Jiménez", *Finis Terrae* N° 18, Santiago.
- Palau de Nemes, Graciela** (1957): *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*. Madrid, Gredos.
- Sánchez-Barbudo, Antonio** (1981): *La obra poética de Juan Ramón Jiménez*. Madrid, Fund. Juan March, Cátedra.